

“Te invoca, Señor, mi fe, la que tú me has dado”.

San Agustín (*Confesiones*)

En los Evangelios es relativamente frecuente encontrar rasgos de impaciencia tanto en Jesús como en sus discípulos. La única diferencia está en que la impaciencia de Jesús va directamente en la línea del Reino y la de sus discípulos en la línea contraria.

Para uno, que es hijo a la vez del primer Adán y del segundo (Cristo), esta realidad implica ciertas contradicciones vitales. Para mí, esta impaciencia, aunque con la gracia de Dios ha ido entrando lentamente con los años en el misterio de acción de gracias y sabiduría del tiempo de Dios, ha resurgido en el último tiempo y me ha llevado a percibir la realidad que nos llega por todas y de todas partes de cara a la Parusía, es decir, al retorno de Cristo *con gran potencia y gloria* (Mt 24,30) al final de los tiempos.

Tanto es así que, me confieso, el 25 de diciembre pasado, día de Navidad, en una Misa que celebré al lado de una cancha de fútbol junto a una pequeña comunidad campesina del Rincón de Sarmiento, al final se me ocurrió preguntarles: “¿Me permiten conversar con el Cristo?”. Y tomé el crucifijo que había sobre el improvisado altar. No miré a la gente, sino sólo a Cristo crucificado. Y le dije en voz alta: “¡Señor, ya llevamos más de 2000 años de historia. Llevas 2000 años en la cruz! ¿Por qué te sigues haciendo el dormido en la cruz? ¿Y el ciego y el sordo? ¿No ves el dolor y sufrimiento de millones y millones de inocentes y victimarios? ¡Hasta cuándo, Señor, seguirás en la cruz! ¿Crees que somos capaces de convertir nosotros –¡nosotros!– esta tierra en un cielo total? Tú sabes muy bien que no somos capaces.

¿Clama el  
cristiano de  
hoy por el  
retomo de  
Jesucristo?

CuadMon 150  
(2004) 357 - 362

¿Te gusta vernos sufrir, cómo sentimos nuestra impotencia, nuestra locura, nuestras tinieblas, nuestra incapacidad? ¡Despierta, Señor, basta ya de sufrimiento! ¡Basta! Bájate de la cruz y ven *con gran potencia y gloria*, por compasión a nosotros. ¡Ya son 2000 años! ¡Basta, no más! Para Ti, 2000 años no es nada. Para nosotros es la eternidad misma. ¡Basta, Señor!”.

Dejé el Cristo sobre el altar. Miré a la gente y les pregunté: “¿Creen que se me fue la mano?”. Y ellos, que habían participado alegremente en la homilía, bajaron la cabeza y se quedaron callados.

Luego vino la fiesta del desayuno comunitario y del reparto de juguetes a los niños que eran como una bandada. Tenían todo el día bajo el sol para pasarlo bien: los viejos, los adultos, los jóvenes y los niños. Y también las guaguas amamantadas por sus madres.

Comparto esos versos de Antonio Machado:

“¡Oh, no eres tú mi cantar!  
¡No puedo cantar, ni quiero  
a ese Jesús del madero,  
sino al que anduvo en el mar!”.

También yo quiero cantar al Jesús que anduvo en el mar, soberano Señor sobre la tempestad, sobre las limitaciones y miedos, sobre discursos de poderío humano e ideologías orgullosas.

No puedo negar mi emoción y acción de gracias al Señor ante un P. Hurtado y una Teresa de Calcuta que hicieron de su vida una repetición de la vida del Hijo de Dios, Jesucristo. Como tampoco puedo callar mi impresión y acción de gracias cuando voy al Hogar de Cristo y veo no sólo a los pobres, sino a los civiles que trabajan voluntariamente allí y a esos hombres arrodillados, –un hombre arrodillado conmueve más que una mujer– ante el altar del P. Hurtado.

Comparto también la aflicción del P. Joss van der Rest, SJ, que desde hace muchos años trabaja en el Hogar de Cristo, cuando decía en enero pasado a unos jóvenes seminaristas diocesanos que hacían una experiencia de cercanía y trabajo en el Hogar de Cristo: “Yo no rezo. Yo lloro. Lloro al ver a Cristo tan miserable, humillado, herido, hediondo”.

Han pasado 2000 años. Cristo sigue en la cruz. La humanidad sigue en la cruz. Ha habido en la historia humana hombres y mujeres, cristianos y no cristianos (*Mt 25,34-40*) con el don de Dios de dar la vida por los que están botados a la orilla del camino, como otros buenos samaritanos. Los ha habido y, por la fuerza del Espíritu, los seguirá habiendo.

En estos 2000 años se ha pensado, escrito y actuado mucho desde la teología y la ideología, el Papa Juan Pablo II cuánto no ha dicho y hecho, la ONU, la FAO, los mesianismos totalitarios cuánta humillación y odio no han sembrado. Nosotros, en nuestro tiempo cada vez más pletórico de tecnología, hemos sido testigos de las atrocidades humanas más inimaginables de la historia. Todos las conocemos. No es necesario poner ejemplos. Y, casi para rematar, ahora el presidente Bush ha anunciado un programa de conquista espacial del planeta Marte de un costo sideral de millones de dólares. Todo esto cuando el planeta en que vivimos sufre cada vez más dolorosamente de guerras demenciales, del hambre mortal de millones y millones de seres humanos, de epidemias devastadoras (recientemente el Papa pidió a los laboratorios que bajaran el precio de las drogas que combaten el Sida), y, además, el equilibrio del eco sistema está colapsando en el planeta, debido en gran parte a los intereses hegemónicos y egoístas de las grandes potencias mundiales y de las transnacionales<sup>1</sup>.

Evidente que en medio de todo esto se sigue cumpliendo misteriosa y eficientemente la palabra de Jesús antes de ascender al cielo: *Recuérdense bien: Yo estaré con Uds. cada día, hasta el fin de los tiempos.* Y la Iglesia sigue, dentro de sus limitaciones humanas, tratando de cumplir las palabras del Maestro en la Última Cena: *Pues si yo, el Maestro y el Señor, les he lavado los pies, también Uds. deben lavarse los pies unos a otros, porque les he dado ejemplo para que hagan Uds. lo mismo que yo he hecho* (Jn 13, 14-15).

Bueno, necesario y noble, evangélico y lleno de fe es orar, leer la Palabra de Dios en privado y en comunidad, servir, acoger y levantar con amor a los pobres, participar en la Eucaristía, rezar el Rosario, compartir la vida y la suerte con los pobres, ponerse en silencio ante el Santísimo, contemplar y rumiar el trasfondo sin límites de los iconos orientales, hacer el proceso misterioso de ir renunciando a uno mismo para hacer y pensar lo que Dios quiere, jugarse la vida y el prestigio humano personal por seguir a Cristo y luchar por una sociedad más humana y respetuosa del prójimo, etc., etc.

---

<sup>1</sup> En Barcelona, en el evento "Diálogos de la Tierra" de febrero de 2004, Mijaíl Gorbachov, ex presidente de la Unión Soviética y premio Nobel de la Paz, dijo: "Cuando iniciamos las reformas estábamos esperanzados en que todo esto crearía un nuevo orden mundial más estable. Pero en la práctica no fue así y el mundo no es ahora un sitio más seguro....necesitamos impulsar una nueva *perestroika* mundial".

Y en febrero de este año, el cardenal Errázuriz, Presidente del CELAM, con ocasión de la reunión de Obispos de Latinoamérica en Puebla, México, constataba que la situación de desigualdades sociales y económicas en el continente se ha agravado más todavía en los últimos 25 años.

Pero, hay que ser realista: desde la perspectiva bíblica: todo esto no basta. Y nunca bastará. Estamos todos, sin excepción alguna, salvo la que fue la Madre de Jesús, desequilibrados internamente desde el exilio del paraíso terrenal y desde el seno materno. Ayudamos, nos entregamos hasta donde misteriosamente queremos, pero no alcanzamos a dar cumplimiento total.

Da alegría y tal vez orgullo servir y luchar por los desposeídos y postergados o vivir entre ellos. Incluso nos hace un bien inmenso espiritualmente. Hasta nos podemos sentir necesarios para ellos. Desde este “consuelo” espiritual temporal, no nos parece imperioso y en extremo urgentísimo que retorne el Señor cuanto antes.

Este “consuelo” puede volverse sutilmente egolátrico porque nos encierra en nuestro entorno con satisfacción e incluso, a veces, con admiración de otros.

Este “consuelo” no es profundamente evangélico, pues no clama con ardor y desde la comunión fraterna más íntima con los sufrientes el *¡Venga tu Reinado!* de la oración de Jesús. Este “consuelo” puede llegar a ser tan miope e insensible al hermano que sufre que no nos remece las entrañas (*Jn 11,33-35*) el que la historia de la humanidad pueda seguir así de igual por 10.000 años más.

Lo que Dios quiere para la humanidad nacida de su amor desde la eternidad (*Ef 1,4*) es lo que nos trasmite el final del Apocalipsis, último libro de la Sagrada Escritura:

*Vi entonces un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido...*

*Y vi bajar del cielo, de junto a Dios, a la ciudad santa, la nueva Jerusalén...*

*Y oí una voz potente que decía desde el trono:*

*Esta es la morada de Dios con los hombres;*

*él habitará con ellos*

*y ellos serán su pueblo;*

*Dios en persona estará con ellos*

*y será su Dios.*

*Él enjugará las lágrimas de sus ojos,*

*ya no habrá más muerte ni luto*

*ni llanto ni dolor,*

*pues lo de antes ha pasado.*

*Y el que estaba sentado en el trono dijo:*

*¡Todo lo hago nuevo! (Ap 21,1-5).*

Ciertamente por un motivo de justicia, nacida de la solidaridad fraterna que tenemos con toda la raza humana de todos los tiempos, no podemos caer en la tentación de sentirnos satisfechos por todo lo que podemos hacer, aunque sea con sacrificio, por los demás. Eso no basta.

Se impone vivir en una humilde conciencia escatológica, solidaria con el sufrimiento casi infinito de la raza humana de la que yo soy miembro responsable (*Sal* 74,19-20.22 a), pues la plenitud de la que habla el Apocalipsis viene de Dios como un regalo y no proviene de los méritos del hombre ni de todos los santos juntos<sup>2</sup>.

Concluyo con otro verso de Machado que me interpreta:

“Anoche soñé que oía  
a Dios, gritándome: ¡Alerta!  
Luego era Dios quien dormía,  
y yo gritaba: ¡Despierta!”.

Esto es lo que me lleva a recordarle con insistencia a Jesucristo (*Lc* 18,6-8: afirmación enérgica de Jesús sobre la escucha vigilante y rápida de Dios), pero también con sinceridad y amor, –aunque no puedo ocultar que surge en mí un instinto de turbación de que me pueda escuchar inmediatamente, pues, después de todo, uno está apegado a lo conocido que le puede resultar interesante y hasta apasionante y teme lo desconocido, aunque en la fe sea grandioso–, que dé cumplimiento cuanto antes, con medida de tiempo humana, a su palabra final en el Apocalipsis: *¡Sí, voy a llegar en seguida!* (*Ap* 22,20).

Sí, Señor, Tú lo sabes todo. No pierdas más tiempo, no “experimentes” más en nosotros, por muy pedagógico y transformador que nos pueda ser para terminar por fin humildes como el polvo de la tierra. El

---

<sup>2</sup> La orientación fundamental y ansiosa de los evangelios hacia el retorno glorioso de Cristo (*Hch* 1,9-11; *Rm* 8,19-22) y no solamente hacia su resurrección después de la pasión, parece ser que se ha adormecido en la conciencia del cristianismo actual. Las urgentes tareas y desafíos inquietantes, más el cierto placer de gozar los avances masivos de la tecnología y el acomodarse en el interior de experiencias religiosas de todo tipo incluso las pseudo, nos pueden inducir sutilmente a “entretenernos” en el hoy, por muy complejo que sea. El hombre ha pasado a ser más importante que el nosotros comunitario y solidario y más importante que su meta trascendente que es Cristo. De ahí que ya no tiene mucho peso moral y espiritual la necesidad imperiosa y urgentísima de que Cristo retorne *con gran potencia y gloria*.

orgullo y la ceguera interior desaparecerán totalmente de nosotros, Tú lo sabes, sólo cuando Tú nos cierres los ojos por última vez.

¡Ten compasión de nosotros!

¡Ven, Señor, Jesús! (*Ap 22,20*)<sup>3</sup>.

Casilla 217  
Curicó  
Chile

---

<sup>3</sup> El autor se refiere a la *Parusía* final.